en su cútis de nácar abismaba
su ténue dardo, su aguijon sutil,
«¡Azotad á la esclava, en sus enojos
decia, y dando rienda á sus furores,
«hasta que con el llanto de sus ojos
«mitigue enteramente mis dolores!»

CORO DE NEGRAS.

¡Ah! ¡bah! ¡bah! pero ahora, señorita,
vuestro dolor vos misma mitigad...
¡Gloria á Toussaint! Hoy todo negro grita:
¡Viva la libertad!

CORO DE NEGROS. *(Lejano.)*

¡La libertad!

LUCIA *(á Adriana.)*

¿Mas bella ha de ser la Europa,
Adriana, que este mar vasto
que besa nuestras orillas
con incesantes halagos?
¿Mas bella ha de ser la Francia
que esos bosques solitarios,
que elevan hasta los cielos
sus hálitos perfumados?
¿Qué espectáculo mas bello
que ver un pueblo que, esclavo
ayer mismo, parecia
aun mas que un pueblo un rebaño,
y hoy, rotas ya sus cadenas,
cultiva sus propios campos,
y abona con sus virtudes
de la libertad el árbol?

ADRIANA *(siempre distraida.)*

¡Verdes valles! ¡ensenadas
que, como un espejo claro,
de los bosques que os rodean
vivo ostentais el retrato!
¡En que florece el bejuco,
y doblado en verdes arcos,
forma puentes en el aire
por donde pasan los pájaros!
¡Arenas, do recogiendo
conchas de matices varios,
oia del mar en calma

murmullos que me eran gratos!
¡Bosques poblados de cedros
y de apiñados naranjos,
que perfumais mis cabellos
á manera de incensarios,
y que cuando se os sacude
con la frente ó con la mano,
sobre el que pasa á millares
derramais pétalos blancos!
¡Arroyos que de la tierra
espresais todo el encanto,
cuando las brisas del cielo
os dan un ósculo al paso!...
¡Amado clima! ¡del fondo
de mi soledad ¡ay! cuánto
me complace el recorrerte
con mi espíritu agobiado!
Sin embargo, en tus bellezas,
que miro con ojos ávidos,
hallo no sé qué vacío,
cual si de tu mar y campos
el cuerpo estuviese aquí,
y el alma en lugar lejano.

NINA *(á sus compañeras.)*

¿Recordais á la blanca tan preciada
que, fundando su orgullo en su color,
si lográbamos solo una mirada
del jóven que era objeto de su amor,
«¡Un látigo! esclamaba, que esa infame,
«cuyas gracias me insultan y desdoran,
«espie con el llanto que derrame
«los celos que mi espíritu devoran!»

CORO DE NEGRAS.

¡Bah! ¡bah! ¡bah! pero ahora, señorita,
de vuestro amante sin rival gozad...
¡Gloria á Toussaint! Hoy todo negro grita:
¡Viva la libertad!

CORO DE NEGROS. *(A lo léjos.)*

¡La libertad!

ESCENA II.

LUCIA y ADRIANA.

LUCIA *(se levanta y se coloca delante de la escena con Adriana.)*
¿Oyes á sangre fria esos clamores
y esos cantos de insulto á los franceses?
ADRIANA. ¿A los franceses?
LUCIA. ¿Tiemblas? ¿solo al nombre
de tan duros tiranos palideces?
Nada temas, Adriana, somos libres;
ya no son esos blancos nuestros reyes.
Entre ellos y nosotros se levantan
cual barrera el océano y la muerte.
ADRIANA. ¿Acaso el viento solamente á ellos
de nuestras playas arrancó?
LUCIA. ¿Qué quieres
decir con eso?
ADRIANA. ¡Escucha! Es ya preciso
que á la amistad el alma se revele.
Yo misma solo pude poco á poco
de mi melancolía hallar la fuente.
Solo despues de mirar mucho, vemos
el fondo de un abismo que se mueve;
solo despues de sufrir mucho, hallamos
de nuestro mal la causa algunas veces.
¡Tú mi orígen conoces, buena amiga!
mísero fruto de un amor aleve,
de Toussaint á la hermana abandonada
esta infelice su existencia debe.
Como en mi corazon, en mi semblante
luchando están dos razas diferentes;
mezclada con la sangre de los negros
la de los blancos en mis venas hierve.
LUCIA. ¿Y qué á los blancos debes tú?
ADRIANA. ¡La vida!
LUCIA. Pero en cambio á tu madre dió la muerte
el que la vida á tí. ¡Harto lo sabes!
Un padre, que es posible no recuerde
que abandonada te dejó en el mundo,
ni un suspiro fugaz de tí merece.
ADRIANA. Es verdad; pero en vano el tiempo pasa;
la imágen de ese blanco está perenne
aquí en mi corazon, y no es posible
que nunca mi memoria la destierre.
Sé que á mi patria mi cariño debo;

pero mi corazon constantemente
á aborrecer se niega al blanco ingrato,
y daria mi ser solo por verle.
Yo me lo represento tan amable,
con corazon tan justo y tan clemente,
de tan raras virtudes adornado,
que en mis sueños le abrazo muchas veces,
mis secretos dolores le confio,
y con el llanto que mis ojos vierten
su retrato humedezco.
LUCIA. ¿Su retrato?
ADRIANA. Sí, su retrato, que lo oculto siempre
al odio de los negros, es la prenda
que de él mi madre recibió al perderle.
Cuando á su pena sucumbió la pobre,
compasivo Toussaint como valiente,
en sus brazos tomándome, á su esposa
me llevó, la mejor de las mujeres.
«Toma, dijo, este esceso de familia;
«Dios dos hijos te dió, dos hijos tienes;
«agrega á ellos esa pobre niña,
«crímen de un blanco, de un raptor aleve.
«Tomó en el seno de mi pura hermana
«la vida que te pido la conserves.
«Cuando en la oveja la preñez es doble,
«duplica Dios sus fuerzas y su leche.»
Mi tia me acogió; bebí en su seno
el néctar de la vida, y lentamente
crecí con sus dos hijos, que ya grandes
disputábanse el gozo de quererme.
LUCIA. ¿Y tú amaste á los dos reconocida?
ADRIANA. Sí, sí, á los dos amaba tiernamente;
con todo mas hermana me sentia
de uno de ellos, amiga... ¿Lo comprendes?
LUCIA. Isaac, el mas jóven, de su madre
era el ídolo.
ADRIANA. Sí, ¿quién no le quiere?
Pero Alberto, el mayor, es el orgullo
de su padre. No sé qué instinto fuerte
hácia él me arrastraba; yo veia
brillar mi estrella en su adorada frente,
y me complazco en presumir que acaso
yo no le era del todo indiferente.
Sin hablar nuestros lábios, nuestros ojos
mutuamente aprendieron á entenderse,
y el pequeño Isaac, que no podia

de demostrar sus celos abstenerse,
melancólico á veces esclamaba:
«Nosotros somos tres, y me parece
«que solo estoy...» ¡Oh deliciosos dias!
¡oh de mi amor crepúsculo naciente!
¡oh juegos de la infancia, en que el secreto
se sorprendia siempre en lo mas leve!
¡Pasos que en busca de sus pasos iban!
¡manos que se estrechaban mutuamente!
¡confidencias del alma, que encerradas
del corazon en los secretos pliegues,
se revelaban solo con los ojos!...
¡Todo una hora lo borró!... ¡Amanece,
y parte, y quedo sola en este mundo,
y mi felicidad se eclipsa y muere!

LUCIA. Si te queria, Adriana, como dices,
¿á dejarte qué pudo resolverle?

ADRIANA. La órden fatal de su sentida marcha
como un rayo cayó. Tal vez recuerdes
que cuando Alberto abandonó su patria,
no estaba aun decidida nuestra suerte.
Los restos de los blancos derrotados
se hicieron solo en las ciudades fuertes,
pero por sus discordias devorados
poco á poco acabaron de perderse.
Toussaint, siempre modesto, aunque ceñia
verde laurel sus victoriosas sienes,
ocultando su plan, aun se llamaba
un súbdito leal de los franceses.
Para el árbitro ser de nuestra patria,
y conservar el título de jefe,
les lanzó de los puertos, sus derechos
fingiendo respetar muy hábilmente,
para que de este modo su destierro
voluntaria partida pareciese.
Apremiábale el tiempo; vacilaban
algunos negros de carácter débil;
concluyóse un tratado; Toussaint hizo
que al político el padre sucumbiese;
para mejor cohonestar su engaño
dió á la Francia sus hijos por rehenes,
y dijo: «Si quebranto lo pactado,
«que mis hijos que adoro me detesten.»
La libertad este holocausto horrible
no rehusó, Lucía, y nuestro héroe,
inmolando á sus hijos, se inmolaba

él por ellos tambien resueltamente.
Partió la escuadra y se llevó á mi Alberto
á ver otro pais... ¡y otras mujeres!

LUCIA. ¿Y nunca al viento y á las olas fia
una noticia suya que á tí llegue?

ADRIANA. ¡Oh! ¡nunca! ¡nunca! ¡me olvidó el ingrato!
¿Puesto en su corazon quieres que encuentre
el tierno amor de una infelice niña
de que el blanco burlon mofarse suele?
¿el amor de una niña casi negra,
que toma de las márgenes agrestes
las galas con que adorna su cabeza?
¿que para ornar sus brazos solo tiene
una sarta de conchas, y se pone
semillas coloradas por aretes?
¿El, que vive entre blancas, cuyo rostro
está formado de carmin y nieve,
que las vé al resplandor de mil bugías,
que en lluvias de diamantes se sumergen,
y que en carrozas de oro se trasladan
de palacio en palacio?..... ¡Si supieses
á esas, que hoy reinas son de mi adorado,
cuánto mi corazon las aborrece!
Escucha: se murmura, mas yo creo
que el público rumor á veces miente,
dícese que esos hijos se avergüenzan
del padre mismo á quien la vida deben.
Que escuchando del blanco los consejos,
que á los negros les dice que detesten,
menosprecian su raza, y de este modo
hacerse blancos cual los blancos creen.
Se dice que de halagos se les nutre,
que el procónsul de Francia quiere hacerles
ó de su propia patria los tiranos,
ó esclavos del antiguo continente.
Fingiéndose sensible, les educa
como place á sus fines é intereses,
y ante él Alberto fascinado, ciego,
cual pájaro que acosa una serpiente,
padre y madre y nacion y raza y todo,
todo cree encontrarlo en quien le pierde.
¡Dícese aun mas! Del héroe de la Francia
una hermana le mima y le proteje,
haciéndole creer la seductora
que á los blancos mas bellos le prefiere.
¿Lo crees tú?...

ESCENA III.

ADRIANA, LUCIA, PETION, *negros, negras, marineros, ayudantes de campo, artilleros, etc.*

Se nota un movimiento repentino y general en el fondo de la escena. Los negros de ambos sexos se precipitan hácia una roca elevada que domina el mar, y miran el horizonte, mostrándose mutuamente alguna cosa con sus ademanes. Lucía y Adriana, interrumpidas por esta agitacion y gritería, siguen el grupo de negros y miran el mar como todos. Un negro pasa corriendo hácia el cuartel general y grita.

UN NEGRO. ¡Una escuadra! *(Desaparece.)*
UNA NEGRA. ¡Cuántas velas!
OTRO NEGRO. ¡Miles de buques nuestros mares hienden!
UNA ORDENANZA *de Toussaint.*
¡Las llamas! ¡las señales!
UN AYUDANTE DE CAMPO *mulato de Toussaint.*
¡Artilleros!
¡á vuestros puestos, y velad!
UNA NEGRA *(indicando las montañas.)*
Parece
cada cerro un volcan.
UN NEGRO. ¡Para la escuadra
que nuestro pueblo avasallar pretende
un volcan sea Haití, que con su lava
escombros, destruccion y muerte siembre!
LUCIA. ¡Qué aurora tan horrible se presenta
tras una noche plácida y alegre!
ADRIANA *(mirando el mar.)*
¡Cuán inmensa es la línea! hasta al cabo
de Samaná fatídica se estiende.
El Océano entero turbulento
contra la isla al parecer se viene.
UN NEGRO. Las arandelas con sus bronces brillan,
y soldados sin fin hay en los puentes.
PETION *(á un marinero negro.)*
Tú de San Nicolas al puerto lleva
las órdenes del jefe. Que aparejen
un aviso al momento, que los buques
reconocidos sean y se cuenten.
¡Nada, nada de velas! ¡date prisa!
¡recorre cuantas olas el mar tiene!
Treinta remeros ágiles escoge;
raudo cual tiburon la espuma hiende,

y si un buque os da caza, antes que os prenda,
en el fondo del mar buscad la muerte.
EL MARINERO. Es Toussaint mi señor, suya es mi vida;
la voluntad de Dios y de mi jefe
son una sola voluntad. Aun antes
que á nuestras playas esas auras lleguen,
(Indicando algunas auras.)
me volvereis á ver con mis remeros,
ó pasto habrémos sido de los peces.

ESCENA IV.

Los mismos, MOISES *y* MAZULIMA.

MOISES *(conduciendo á Mazulima delante de la escena.)*
¿Ves una lámpara inmóvil
que en aquella torre brilla?
MAZULIMA. ¡La lámpara de Toussaint!
es la estrella de la isla.
A la gloria nos conduce,
á la libertad nos guia.
MOISES. ¿Lo crees? Yo, sin que vea
su virtud casi divina,
adorarla no consiento.
Quiero antes saber las miras
de ese Toussaint arrogante,
y ver si el plan que medita
puede dar broquel seguro
á la patria que peligra.
Tal vez...
MAZULIMA. Hablemos mas bajo....
MOISES. Grandes recelos me inspira
en una cabeza sola
ambicion tan desmedida.
Tal vez de infames proyectos
somos máquinas pasivas,
y súbditos de un tirano
que es de nuestra sangre misma.
Si bajo su voluntad
á doblarnos nos obliga,
humille al menos su orgullo
y abata su frente altiva
delante de los peligros
que amenazan á la isla.
Por mas que él libres nos llame,
el nombre no me fascina;

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

si él manda, si él es el amo,
somos siervos todavía.

MAZULIMA. ¡Siervos de un negro!

MOISES. Sí, sí.
¡Siervos somos, Mazulima,
de un antiguo compañero!

MAZULIMA. ¡Y tanta sangre vertida!

MOISES. ¡Para esclarecer un nombre!

MAZULIMA. ¡Tal baldon! ¡tanta ignominia
A los blancos arrojando
de esta tierra tan querida,
¿qué hemos conseguido pues?

MOISES. ¡Nada! ¡lo que yo previa!
¡solo mudar de tirano!
¡oh! si el hado nos precisa
á abdicar nuestros derechos,
sea de raza enemiga
quien nos ponga las cadenas,
y no de nuestra familia.
Yo siento menos vergüenza
cuando doblo la rodilla,
si no es negro como yo
el señor que me esclaviza.

MAZULIMA. Casi siempre el hombre lleva
su idea en el rostro escrita.

MOISES. ¡Veamos pues á Toussaint!

MAZULIMA. ¿Y si tu rencor ó envidia
hallase fraternidad
donde teme tiranía?

MOISES. ¡Qué en los dias del peligro
figure en primera fila! *(Salen.)*

ESCENA V.

Los mismos, menos MOISES *y* MAZULIMA.

PETION *(á un artillero de la batería, indicándole la ventana de Toussaint.)*
¡Atencion! ¡la vista siempre
ten en la lámpara fija,
y á la primera señal
el fuego en toda la línea!
(Volviéndose hácia el grupo de negros y negras, y hácia Lucía y Adriana.)
¿Y aquí, vosotros, qué haceis?
¿por qué con alma tranquila

mirais la nube preñada
de riesgos y de desdichas?
¡Id! ¡dispersaos! ¡do quiera
decid: la patria peligra,
y de un amante ó de un padre
presentaos á la vista,
para que la libertad
le sea así mas querida!

FIN DEL ACTO PRIMERO.